



Yanguas de Eresma > Segovia
Recorridos de otoño



Recorrer la vía verde del Eresma en otoño empezando en la abandonada estación de Yanguas, en San Pedro, tiene un encanto especial: la magia de la arboleda caducifolia de la ribera; la tranquilidad del pueblo, cuya carretera no es de paso sino que comunica la población con el resto del mundo; el bullicio imaginario, desaparecido en el tiempo junto con los ruidos de las viejas locomotoras...

Toda estación es el final de un recorrido anterior y el principio de otro posterior. El otoño marca el final del verano (*en el otoño todo el campo está lleno de olor de adioses*, que diría Ramón Gómez de la Serna), pero también es el recorrido hacia el invierno, un trayecto en el que la vida aparentemente se recoge y descansa.



Pero como seres vivos que somos, adaptarnos al recorrido de cada estación no sólo es nuestro destino, sino también nuestra necesidad. Pensemos así cuando se aproxime el invierno, porque cada estación tiene su encanto; y el mayor encanto de todos es el de su sucesión, igual que como cuando viajamos: a veces no es más grato llegar al destino que el propio camino. Esta una de las filosofías de las vías verdes: el paseo creativo y emocional; *hacer camino al andar*, que diría Antonio Machado. Al fin y al cabo somos bípedos caminantes: nuestro cerebro se ha hecho con la bipedestación y para ella.

En otoño el anticiclón de las Azores se retira ligeramente y deja paso a los frentes polares, más activos, que bajan mucho de latitud, entrando buen número de ellos con vientos del suroeste, y regando con moderada intensidad estas tierras castellanas, agostadas por veranos cada vez más tórridos y escasa o nada lluviosos. El Atlántico Norte se enfría y, paradójicamente, templada estas tierras. Por eso el otoño es una estación templada, nubosa y húmeda, con tardes machadianas, que describe muy bien el poeta en *Campos de Castilla*.

*Es una tarde mustia y desabrida
de un otoño sin frutos, en la tierra
estéril y raída
donde la sombra de un centauro yerra.*

La primera curva de la vía, a la derecha, nos recuerda el trágico accidente del TAV de este verano de 2013 en la curva de A Grandeira (Angrois), en Santiago de Compostela; sólo que allí, en sentido inverso. Mientras seguimos la vía pensamos que, por desgracia ya para las víctimas y para sus cercanos afectivos, pero por suerte para los viajeros ferroviarios, estos accidentes sirven para incrementar la seguridad; sirven para disminuir el riesgo de accidentes futuros: más tecnología para prevenir los fallos humanos; más humanos o humanos mejor preparados para prevenir los fallos, las averías, de las máquinas. Así funciona la humanidad. De igual modo los avances de la tecnología producidos por las guerras se utilizan luego en tiempos de paz. Pero no debería ser así: deberíamos prevenir antes en lugar de lamentar y corregir después. Pero claro... Como tampoco debería ser así el estilo atributivo externo (*echar balones al patio del vecino*, que diría un castizo) del que hacemos gala los humanos en casos como estos, a la vez que enmendamos. Y es que cuando enmendamos para prevenir sucesos es porque, en muchas ocasiones, ya hemos admitido la corresponsabilidad en acontecimientos anteriores por falta de previsión.

En otoño se extienden los abrojos, semillas en forma de cruz de malta de una planta ruderal (*Tribulus terrestris*), que maduran durante el verano y se desprenden de su cápsula, y que son molestos para el ganado, y para los ciclistas por el peligro de pinchazo que entrañan, pero es su modo de extenderse. Si un rebaño de ovejas atraviesa la vía es fácil que nos encontremos con ellos. Por eso, como dice la voz popular, *en tierra de abrojos, abre los ojos; o, quien por malos caminos anda, malos abrojos halla*.

A la altura del km 20 apreciamos, desde la vía, un hongo en la corteza de un chopo. Observamos, al acercarnos, que es el típico hongo yesquero (*Fomes fomentarius*), denominado también, por su aspecto, *casco o pezuña de caballo*. Se trata de un carpóforo que puede vivir varios años a costa del árbol en el que se ancla (sauces, chopos, hayas...), atacando con especial virulencia

a las hayas, con las que puede acabar si el ejemplar es invadido. El nombre de



yesquero viene porque su yesca se utilizaba antaño para hacer fuego. No es comestible, pero se utilizaba también por sus poder antibacteriano y para absorber la sangre y cortar hemorragias. La momia del famoso hombre de Oetzi (Austria), encontrado en 1991 al derretirse un glaciar, portaba entre sus pertenencias restos de este hongo.

Al poco de volver a iniciar la marcha, y poco antes de entrar en el túnel de Ahusín nos volvemos a detener, para apreciar ahora un esplendoroso majuelo, lleno de majoletas. La majoleta es el fruto, de escasa pulpa, del majuelo o espinillo blanco y que, de aspecto parecido a una cereza (un poco más pequeña), es aprovechada como comestible por numerosas aves, que después las dispersan en sus deposiciones.



Tras atravesar el túnel de Ahusín, en el km 19, el pinar se deja adivinar, a lo lejos a nuestra derecha, detrás de bosque de ribera, mientras que las encinas, regañadas, se irán dejando ver a nuestra izquierda. Las *soledades* de Antonio Machado vienen a nuestra memoria:

*Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...*

*¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero...
-la tarde cayendo está-.
"En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón".*



En este punto abandonamos por un tiempo la vía y nos dirigimos, por la carretera que sale a nuestra derecha, al pinar cercano para localizar los codiciados nícalos. Estos hongos, propios de pinares y bosques mixtos (pinos y encinas / pinos y rebollos) necesitan de las tormentas de agosto, de las lluvias continuadas en otoño, y también de buenos ratos de sol, antes de las primeras heladas, ante las que sucumben. Demasiados factores a encajar; tantos que ha habido

años que apenas aparecen. La recogida de estos hongos suele estar regulada por los municipios a los que pertenecen los pinares. Deben cogerse en cestas de mimbre para que las esporas queden libres y prolonguen su vida en la próxima temporada. Es un hongo relativamente fácil de distinguir, por sus tonos anaranjados y sus círculos concéntricos de tonos rojizos y pálidos; también por sus tonos verdosos al oxidarse poco después de ser recogidos. No obstante, ni para este hongo ni para ninguno, recomendamos recogerlos si no estamos muy familiarizados con ellos: la intoxicación por hongos, por desgracia, es algo muy común por falta de prudencia y exceso de soberbia.

Tras incorporarnos a la vía en el mismo punto en la que la dejamos nos sorprende ver no muy lejos el cadáver de un raposo. No acertamos a saber si fue golpeado por algún coche en la carretera o herido por algún disparo viniendo a morir cerca del río, o bien tuvo una muerte más natural que le sorprendió aquí mismo.



Pero lo que para unos es la muerte, para otros es la vida: de sus despojos darán cuenta los *limpiadores*, los carroñeros, los necrófagos: forma parte del ciclo de la vida. Ver muerto un animal como este no es nada gratificante, pero si en nuestros recorridos por la vía tenemos suerte podremos ver alguno cruzándola a lo lejos, yendo o viniendo del río.

En otoño se abre la veda de caza para el jabalí. Este mamífero inconfundible es relativamente abundante en las estribaciones de la sierra y en bosques caducifolios del piedemonte, pero no sería raro encontrárnoslo por estos lares, dado que el Eresma no suele sufrir fuerte estiaje. Sus poblaciones suelen estar reguladas, por la caza y por los lobos. De hecho, este año los cazadores comentan que han observado camadas menos numerosas y aumento de las pjaras, posiblemente para mejor defensa de los ataques de los lobos, en expansión, como el oso en el NO, del que empiezan a relatar destrozos en colmenas y ataques a terneras. La abundancia de jabalíes no es

muy positiva, por la presión que ejercen sobre los ecosistemas y por el riesgo para la circulación en carretera, ya que generan buen número de accidentes. En determinadas zonas de Castilla-La Mancha y Extremadura sus poblaciones han sido tan abundantes que durante las noches, cuando son más activos, bajaban a las poblaciones a buscar comida en los contenedores de basura.

En zonas de cardos próximas a la vía buscamos las también codiciadas setas de cardo, que suelen desarrollarse sobre raíces muertas de diversas plantas, particularmente de las de cardo, de cardo corredor. Igual que el nícalo, esta seta precisa precipitaciones importantes y temperaturas suaves. Es un hongo también muy apreciado por su carne elástica y de olor agradable, pero su coloración es muy distinta a la del nícalo, al presentar gran variedad de tonos pardos. En su recolección, al igual que en la del nícalo, también debemos llevar navaja y cortar el hongo por la base del pie, sin hurgar en el terreno, para no estropear el micelio y que puedan salir nuevas floraciones.



En el área de descanso del abandonado apeadero de Ahusín, en el km 18, bajamos al río, ahora para buscar setas de chopo, menos valoradas aquí que los nícalos o las setas de cardo, pero muy apreciadas en otros lugares, como Navarra, por ejemplo, donde incluso las cultivan sobre tocones durante años. Las setas de chopo (*Pleurotus...*, *Acrocybe...*) crecen en tocones y troncos de diversos árboles, particularmente del álamo negro o chopo, formando en ocasiones grupetos, pero por su lugar de fructificación podría confundirse con otras setas tóxicas como el *hypholoma fasciculare*, si bien esta última prefiere las coníferas. Por eso, si no estamos familiarizados con esta seta, o con las anteriores, y no lo estaremos nunca por muchas guías y fotografías que hayamos visto, tampoco aconsejamos su recolección (no hay reglas para distinguir las setas comestibles de las setas venenosas). Porque, como bien decía, creo recordar Groucho Marx, *todas las setas son comestibles, aunque algunas sólo una vez.*



En el km 17, tras dejar atrás la curva de los saucos y que deja ver, a nuestra izquierda, el legado del Cretácico, aparece decididamente en el horizonte la Sierra de Guadarrama, y recordamos los versos que Antonio Machado le dedica en *Campos de Castilla*, pero desde la vertiente madrileña.

*¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo,
la sierra gris y blanca,
la sierra de mis tardes madrileñas
que yo veía en el azul pintado?*

*Por tus barrancos hondos
y por tus cumbres agrias,
mil Guadarramas y mil soles vienen
cabalgando conmigo a tus entrañas.*



En el km 16 dejamos a nuestra izquierda la ermita de Nuestra Sra. de las Vegas, rodeada de otoño. Pero nos impresiona más el otoño en la ribera; tanto que utilizamos el desnivel de la cuneta como improvisado asiento para dedicarnos a la contemplación, mientras escuchamos en el móvil, aunque suene cursi decirlo, y más escribirlo, la canción de Luis Eduardo Aute y Silvio Rodríguez *Sin tu latido*

:
***Hay algunos que dicen
que todos los caminos
conducen a Roma.***

***Y es verdad porque el
mío me lleva cada noche al
hueco que te nombra.***

***Y le hablo y le suelto
una sonrisa, una blasfemia
y dos derrotas.***

Luego apago tus ojos y duermo con tu nombre besando mi boca.

¡Ay amor mío, que terriblemente absurdo es estar vivo sin el alma de tu cuerpo, sin tu latido, sin tu latidooo...!

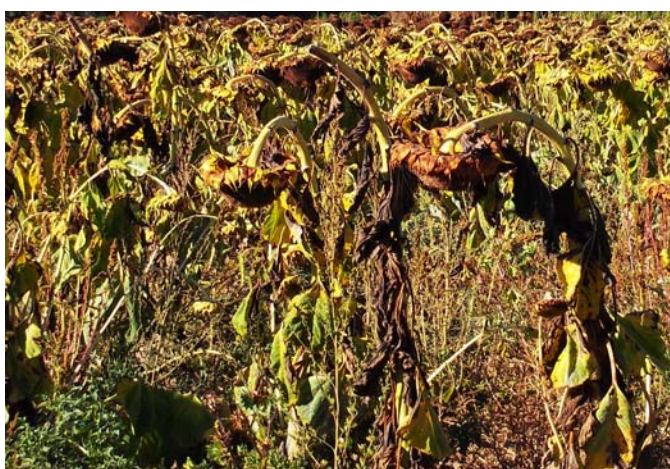


Luego, en el cruce con el camino que lleva a la localidad de Los Huertos a nuestra izquierda, bajamos al río para oler el otoño. También para hacer un avituallamiento, porque ni la poesía, ni el paisaje, ni ninguna letra de ninguna canción quitan el hambre del camino.

En la estación de Hontanares de Eresma, en el km 13, seguimos rodeados de amarillo y verde, sólo que ahora también del de alguna pequeña robinia de plantación, asilvestrada, procedente de patios y jardines, y de los gordolobos *retoñando*, floreciendo en otoño en el andén de la estación, tras las escasas lluvias y la excesiva insolación y temperaturas de este octubre.



Abandonamos aquí, durante un kilómetro y medio aproximadamente, el antiguo corredor ferroviario, para entrar, por el Camino Natural del Eresma, en el Prado de las Presas. El suelo fresco, fértil, profundo, de esta llanura aluvial da generosos frutos. Lo atestiguan los cultivos de huerta, en especial los judiones, pero también los girasoles, rindiendo pleitesía a la tierra donde están anclados y al sol que los ha alimentado durante el verano. En ninguna tierra próxima a la vía verde veremos girasoles con las cabezas tan grandes como los que se dan sobre estos suelos.



Volvemos al lecho del antiguo corredor en el km 12, y contemplamos a nuestra izquierda la trinchera de Las Lastras, por la que discurría antaño el lecho ferroviario. La retomamos durante unos metros para subirnos a una de sus laderas y contemplar el paisaje desde la altura. Estamos a finales de octubre y la caída de la hoja se retrasa.



En el km 11 entramos en los dominios del encinar del monte de Lobones, en el que apreciamos, por el colorido de sus frutos, algún que otro endrino. Pero el encinar, que desde nuestra izquierda cruza tímidamente la vía mezclándose con la vegetación de ribera, nos envuelve. Y recordamos que también Antonio Machado dedicó su atención literaria a las encinas:

*¡Encinares castellanos
en laderas y altozanos,
serrijones y colinas
llenos de oscura maleza,
encinas, pardas encinas;
humildad y fortaleza!*

*¿Qué tienes tú, negra encina
campesina,
con tus ramas sin color
en el campo sin verdor;
con tu tronco ceniciento
sin esbeltez ni altiveza,
con tu vigor sin tormento,
y tu humildad que es firmeza?*



Arriba: punto final del encinar de Lobones, en el que la vía verde abandona al río Eresma. Abajo, a la izquierda: endrinas. A la derecha, en maniobra Loco Iván, el punto en el que la vía verde abandona al Eresma.

Circulando paralelos a la línea del TAV, en el entorno del km 4, observamos estramonio, que aprovecha el vacío dejado por los cereales en los campos de cultivo. El estramonio es una planta que también aparece en los linderos de los caminos y carreteras, e incluso en los campos de girasol. Es muy tóxico, y ni siquiera debe tocarse. A finales del verano y comienzos del otoño podemos ver sus frutos en forma de cápsulas ovaladas espinosas. No



obstante, podemos verlo también florecer con las últimas lluvias del verano o primeras del otoño.

En otoño dejamos de ver aves como las cigüeñas, determinadas por sus costumbres migratorias a finales del verano. Las estables parejas de cigüeñas blancas pierden el contacto durante la invernada en sus cuarteles africanos y se reencuentran en febrero, o antes, para criar en el nido del año anterior (es imposible no establecer paralelismos grotescos con los humanos). Pero no falta avifauna que observar. Antes de entrar en la trinchera del Tejadilla, por ejemplo, nos sorprende ver la silueta alada de un aguilucho ratonero. Esta rapaz longeva (20-25 años), de tamaño mediano, alas anchas y amplia variedad de plumajes, es típica de cableados, palos o puntos elevados desde los que se aposta para avistar a sus piezas y cazarlas. Si bien lo hace en espacios abiertos como los campos de cereales, nidifica en zonas boscosas. Suele ser residente, pero puede ser también migratoria de corta distancia. A lo lejos se confunde a veces con el milano, si bien las diferencias para observadores camperos son evidentes: los ratoneros son más asustadizos (es difícil fotografiarlos, por lo que incluimos un dibujo robado; por el contrario, el milano se atreve a volar y planear sobre nuestros tejados, a la caza de algún pajarillo despistado); sus costumbres son más solitarias; es mejor cazador, por su aleteo más poderoso, pero peor planeador, si



bien también puede ser carroñero como el milano.

Tras atravesar el túnel de Perogordo, llegando ya al final del recorrido, podemos ver en las cumbres de Guadarrama la silueta de *La Mujer Muerta*. La Mujer Muerta es el topónimo que se da a un conjunto de montes (La Pinareja, Peña del Oso y Pico del Pasapán), que vistos desde la llanura segoviana toman forma de una mujer muerta, tumbada, con los brazos entrecruzados. Hay diversas leyendas, todas trágicas, que explican su formación.

Una de ellas habla de la transformación geológica que experimentó el cuerpo de una doncella, que murió de amor cuando su amado caballero, que partió para la guerra, no volvió después junto a ella.

Otra habla de la esposa de un jefe tribal que vivía en el lugar que ahora ocupa el alcázar. A la muerte de su marido, sus hijos se enfrentaron en lucha por el poder. La mujer ofreció a los dioses su vida a cambio de las de sus hijos. Cuando los hijos se disponían a pelear, una ventisca de nieve en pleno verano se lo impidió, y al cesar el temporal los hijos comprobaron que una montaña con forma de mujer yacente cubría lo que había sido una llanura.

Otra leyenda relata cómo los celos llevaron a un pastor a matar a su amada. Tras un terremoto y una terrible tormenta, apareció en el lugar del crimen una montaña en forma de mujer yacente.

Otra, en fin, relata la disputa a muerte de dos caballeros por el amor de una mujer, quien se interpuso entre ellos y, accidentalmente, fue atravesada por las espadas de ambos



pretendientes. La dama fue enterrada en el mismo lugar donde cayó, y poco después, al igual que nació una amistad entre los caballeros a los pies de la tumba de la joven, se desencadenó un fuerte cataclismo que hizo emerger una montaña en forma de mujer con los brazos entrecruzados, tal y como se entierra a los muertos, si bien una variante de esta leyenda señala que uno de los dos caballeros la dejó embarazada y que los brazos ocultan precisamente eso, un embarazo.

En el recorrido hasta la trinchera del puente de hierro nos fijamos en los estragos del verano castellano. Muchos árboles ni siquiera otoñan: pierden las hojas en agosto por estrés hídrico, muriendo ramas y raíces, lo que los debilita enormemente. Si la situación persiste en años sucesivos la planta acaba sucumbiendo. También miramos al cielo, fijándonos en las nubes, filamentosas: cirros, cirroestratos..., nubes altas, de hielo, a más de 10.000 metros de altura. Las lluvias persistentes de otoño parece que se retrasan en estas tierras.



En la trinchera que nos lleva al puente de hierro, final de la vía verde, apreciamos las sabrosas moras, el fruto de la zarzamora (las lindes de la vía verde están plagadas de zarzas). Las moras, que maduran a finales del verano y principios del otoño desde colores rojizos a oscuros, son ricas en vitamina C y tienen gran valor nutricional, además de propiedades medicinales y usos culinarios descritos en numerosos trabajos al respecto. Más de un ermitaño ha vivido gracias a Dios y gracias a las moras.

Apreciamos ahora el escaramujo, aunque ya lo hemos visto también a lo largo del camino, el fruto en baya rojiza del rosál silvestre, llamado *tapaculos* porque antaño se empleaba para prevenir diarreas. Estas bayas también se utilizaban también para confeccionar un jarabe que servía para prevenir el escorbuto, ya que contienen entre 5 y 8 veces más vitamina C que una naranja.

